

§ 134.

Las consecuencias del pecado original para Adán y Eva

Subitamente aparecieron las consecuencias de la prevaricación. El Tridentino (D. 788; NR. 221; véase el correspondiente texto en el § 132) enumera las siguientes: pérdida de la santidad y justicia originales, la ira de Dios, la muerte temporal, el dominio del diablo y la degeneración psíquica y corporal.

En la Sagrada Escritura leemos: “Abriéronse los ojos de ambos, y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones. Oyeron a Yavé Dios que se paseaba por el jardín al fresco del día, y se escondieron de Yavé Dios Adán y su mujer, en medio de la arboleda del jardín. Pero llamó Yavé Dios a Adán diciendo: Adán, ¿dónde estás? Y éste contestó: Te he oído en el jardín, y temeroso porque estaba desnudo, me escondí. ¿Y quién, le dijo, te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol de que te prohibí comer? Y dijo Adán: La mujer que me diste por compañera me dió de él y comí. Dijo, pues, Yavé Dios a la mujer: ¿Por qué has hecho eso? Y contestó la mujer: La serpiente me engañó y comí” (*Gen.* 3, 7-13).

Adán y Eva esperaban que al infringir el mandato divino obtendrían súbitamente autonomía absoluta, supresión del señorío divino, enriquecimiento y perfección absoluta de la vida y que hasta serían semejantes a Dios. Pero en realidad perdieron la unión y semejanza con Dios, perdiendo así también el mayor tesoro que poseían. Con horror constataron que no les quedaba más que la pobreza de su humanidad autónoma. Se habían propuesto sorprender los pensamientos de Dios. Y efectivamente: se les abrieron los ojos. Pero el conocimiento obtenido era totalmente distinto del que habían esperado adquirir. Vieron que estaban desnudos. No fué un conocimiento libertador, sino un conocimiento que les encadenaba y oprimía. El esplendor divino de que antes estaban revestidos sus cuerpos desapareció súbitamente. Nada cubría el misterio de su corporeidad. Estaban el uno frente al otro completamente desnudos (véase § 129) y les daba vergüenza. Por eso se pusieron a coser hojas de higuera, para hacerse con ellas un vestido. Era un sucedáneo malo del vestido paradisiaco que habían perdido, tratando Adán y Eva de encubrir el misterio de su yo con los medios que les ofrecía la tierra. Antes del pecado no necesitaban ocultar nada el uno al otro, pues sus cuerpos y el misterio de la personalidad que en ellos se revelaba estaban revestidos de la gloria de Dios. La inocencia de la presencia mutua se fundaba en la inocencia ante Dios. Después del pecado desaparecen la seguridad y la ingenuidad. Con el sentimiento de la culpa aparece el sentimiento de la vergüenza. En sus miembros experimentan la ley de la carne. Ahora saben lo que habían deseado saber: en qué consiste el bien y el mal. Pero se trata de un saber doloroso: saben que son pecadores. Por eso temen la cercanía de Dios. No pueden soportar ni su mirada ni

su palabra. Tratan de ocultarse. Adán y Eva se estremecen cuando el movimiento de las ramas en el jardín les anuncia la presencia de Dios. Saben que han pecado, que se han hecho culpables. El orgullo y obstinación con que se rebelaron contra Dios quedan convertidos en miedo y terror.

El orgullo humano de Adán y Eva tiene que comparecer ahora ante el tribunal del Dios justiciero y que exige responsabilidades. Los dos pecadores tratan de disculparse. Adán atribuye a Eva toda la culpa. Hasta parece percibirse un reproche contra Dios en sus palabras: "La mujer que me diste por compañera me dio de él y comí." Y la mujer, de su parte, acusa a la serpiente. El hombre no quiere cargar con la responsabilidad de su pecado. Pero en vano tratan Adán y Eva de disculparse. La palabra justiciera de Dios recae sobre Adán, sobre Eva y sobre la serpiente: "Dijo luego Yavé Dios a la serpiente: Por haber dicho esto, maldita serás entre todos los ganados y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida. Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañal. A la mujer le dijo: Multiplicaré los trabajos de tus preñeces, parirás con dolor los hijos y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará. A Adán le dijo: Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote: No comas de él, por ti será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado, ya que polvo eres y al polvo volverás" (Gen. 3, 14-19).

2. Resulta, pues, que al pecar los primeros hombres experimentan que se han apartado de la fuente de la paz y de la fuerza, de la alegría y del amor, de la plenitud vital y de la seguridad existencial. Las consecuencias aparecen en el dualismo que experimenta la esencia propia, en la oposición entre el yo y el tú, entre el hombre y el animal, entre el hombre y la tierra. Adán y Eva quedan sujetos a las eventualidades del hambre, de la desnudez y del vivir errantes. En el apartamiento de Dios no hay para el hombre ni satisfacción, ni dignidad, ni patria. Resulta, pues, que el no, lanzado contra Dios, es un no que afecta la dignidad y grandeza humanas. La pérdida de Dios es una pérdida del ser propio. La

manifestación más sensible del apartamiento de Dios, fuente de la vida, es la *muerte* corporal (*Gen.* 3, 22 y sigs.).

En definitiva, es el hombre mismo quien se ha condenado a morir. En su condenación Dios no hace más que confirmar la pena que el hombre se ha impuesto a sí mismo. La muerte pone de manifiesto que en la lejanía de Dios, que es la vida, el hombre no puede sino morir. No obstante, Dios aplaza la ejecución de la pena de muerte, ofreciendo al hombre la ocasión de expiar su culpa mediante las penalidades y sufrimientos de la vida.

Lo que perdieron los dos primeros hombres fué una pérdida definitiva. Los dos fueron arrojados del paraíso, sin poder jamás entrar de nuevo en él. “Adán llamó Eva a su mujer, por ser la madre de todos los vivientes. Hízoles Yavé Dios a Adán y su mujer túnicas de pieles, y los vistió. Díjose Yavé Dios: He ahí a Adán hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida, y comiendo de él viva para siempre. Y le arrojó Yavé Dios del jardín de Edén, a labrar la tierra de que había sido tomado. Expulsó a Adán, y puso delante del jardín de Edén un querubín, que blandía flameante espada para guardar el camino del árbol de la vida” (3, 20-24).

Con los medios de expresión y las imágenes que le ofrecían al autor de este texto el tiempo en que vivió y la cultura de su tiempo, describe que para el hombre ha terminado para siempre la vida de paz y tranquilidad, de seguridad y plenitud. Los querubines son seres superiores que anuncian la presencia de Dios. Son los centinelas del santuario en el cual nadie puede entrar sin el debido permiso. “La espada flameante” es la espada de la venganza divina, un símbolo de su juicio condenatorio (véase *Is.* 34, 5; *Ier.* 46, 10; *Sof.* 2, 12; *Ez.* 21, 13 y sigs.). La espada simboliza la cercanía de Dios, la cual es al mismo tiempo juicio y gracia (véase *Zac.* 2, 9; *Gen.* 3, 2).

3. La historia de la expulsión del paraíso es, por consiguiente, una descripción simbólica del apartamiento de Dios y de la sumisión del hombre a las penalidades de una vida de miseria y destierro. Muchos Santos Padres afirman que Dios arrojó a Adán y Eva del paraíso después de haberlos concedido la gracia del arrepentimiento que expía los pecados. Es bien probable hiciesen penitencia y alcanzasen la salvación que perdieron con su pecado de obstinado orgullo. Dios hace una promesa a Adán y Eva, apla-

za el momento de la muerte y les da un vestido algo mejor que las hojas de higuera con que los infelices habían cubierto su desnudez. Todo esto demuestra que Dios es clemente para con los hombres.